

LIMA.

Lima, capital del Perú, es la única, entre las ciudades de la América del Sud, que ha logrado conservar intacta la originalidad de sus tiempos primitivos. Ni las frecuentes relaciones con las repúblicas vecinas, ni la afluencia de toda clase de extranjeros, han podido adulterar en lo más mínimo sus costumbres, sus trajes, su arquitectura favorita, y hasta peculiar, puesto que se diferencia hasta de Callao, población inmediata la que más, y que fué edificada para que sirviese á la capital de puerto.

Lima, sin embargo, no se ha negado á admitir todas las innovaciones, tanto en los usos como en las ideas, á pesar de que existirán pocos pueblos en que se crucen tan inmediatamente los principios más heterogéneos. Podría muy bien decirse que Lima dá cabida en su recinto á muchos siglos, que viven á la vez en ella sin confundirse ni estorbarse.

Si los temblores de tierra y las discordias civiles no prosiguieran constantemente en la obra de su destrucción, Lima continuaria siendo aun la ciudad más bella y rica de la América meridional; pero, estallando cada día una nueva revolución, que se efectúan siempre á beneficio de los individuos y nunca de las masas, se interrumpe incesantemente la marcha de las negociaciones comerciales; los brazos que habían de emplearse en la explotación de las minas se destinan al ejercicio de las armas, y el tesoro público es víctima de las malversaciones de toda especie que lleva consigo una administración viciosa é incapaz. En medio de semejante desorden, la ciudad, edificada sobre un

suelo convulsivo, se estremece y arruina á cada nueva sacudida; las iglesias y los monasterios, únicos monumentos testigos de su pasado esplendor, se van despojando de las ricas molduras de estuco con que se decoraban, viéndose por parages distintos, y cual á través de un manto agujereado, aparecer las cañas y los maderos carcomidos de su armazon. El extranjero, al contemplarla, no puede menos de llorar el destino de aquella ciudad tan opulenta en otro tiempo y que marcha hoy con tal rapidez y con la mayor indiferencia á su pronta ruina. El pueblo de Lima se ocupa solo en fraguar revoluciones; algunos viven de ellas, la mayor parte se prestan como instrumentos, y casi ninguno muere; porque, es menester confesarlo, posteriormente á sus brillantes hechos de armas por la causa de su independencia, han sido tan poco sangrientos sus choques que daríamos lugar á que se nos tomase por partidarios de sus mezquinas discordias, hablando de ellas con alguna seriedad.

Lima se halla situada en el centro de una llanura, á legua y media escasa del mar y al pié de las montañas que forman las primeras pendientes de la Cordillera de los Andes. Francisco Pizarro la fundó en el reinado de Carlos V, el día de la adoración de los Magos, de donde le vino, según Garcilaso de la Vega y Herrera, el nombre de *Ciudad de Reyes*, que se le dió desde un principio.

Como en todas las ciudades cristianas, una Iglesia fué el primer edificio para que se abrieron cimientos; después de lo cual se dividió el terreno en *cuadros* ó *cuadra-*

dos, cuyos lados en su mayor parte eran próximamente de 25 varas, y su destino el de edificar casas en ellos, para lo que los aislaban por largas calles intermediarias; medida que previno la formación de esas callejuelas estrechas y tortuosas que de ordinario existen en el centro de las grandes poblaciones.

Lima se halla edificada en semicírculo sobre la orilla izquierda del Rimac, que corre del este al oeste. Una muralla flanqueada por treinta y cuatro baluartes circunda la parte que no es bañada por el río; esta muralla, comenzada en el reinado del duque de la Palata, se terminó en 1683; su fábrica es de adobes ó ladrillos amasados con tierra arcillosa y paja y secados al sol.

En la orilla derecha del Rimac, se describe el inmenso arrabal de *San Lázaro*, que se comunica con la ciudad por medio de un largo puente de piedra, con cinco arcos y otros tantos estribos triangulares, destinados á romper la fuerza de la corriente. En los ángulos reentrantes que forma el parapeto, en la propia dirección de los espaldones, se hallan colocados unos bancos, en los cuales suelen sentarse los habitantes en las noches de estío para respirar el ambiente refrescado por la inmediación del agua. En la estremidad del sud del puente, se eleva un gran pórtico de elegante arquitectura decorado con adornos de estuco, monumento que fué construido en 1612, siendo virrey el Marqués de Montes Claros.

La primera ojeada sobre las calles de Lima produce una impresión no muy agradable en el viajero. Las casas de mas bella apariencia no tienen su fachada á la calle; casi todas se hallan precedidas de un patio, al cual se entra por una puerta cochera, ó mas bien por un pórtico, cuyo interior ordinariamente está adornado con pinturas al fresco, de ejecución bastante inferior, y que representan ya pasajes de la Sagrada Escritura, ya escenas mitológicas, ó bien paisajes sin perspectiva alguna. Las casas que dan á la calle tienen solo ventanas en el piso inferior; en el principal un balcón corrido de igual longitud á la de la fachada, pintado de verde, semejante á un baul esculpido y pegado á la muralla, y cerrado herméticamente por una persiana, que suben ó bajan á voluntad, entre dos ranuras.

Los techos, por lo regular, son de ladrillo; los tabiques de los compartimentos superiores suelen estar contruidos con cañas entrelazadas y recubiertas con una capa de yeso; los pilares y otros ornamentos tienen tambien una cubierta de cañas revestidas de arcilla pintada, imitando á piedra. Los techos son planos y de poca solidez; están formados por tirantes transversales no muy gruesos, sobre los que se ponen cañas y esterillas muy rústicas, recubriéndolo todo interior y exteriormente con una ligerísima capa de cal, indispensable para impedir el paso al sol, al aire y á la humedad. Es cierto que, debemos apresurarnos á advertirlo, en Lima son casi de todo punto inútiles los techos, puesto que nunca llueve, y que las nieblas que invaden la atmósfera en ciertas épocas del año, no tienen fuerza bastante para penetrar los techos que acabamos de describir. Los de algunas casas están contruidos con mayor solidez, con un doble objeto de recreo y de utilidad, puesto que los disponen en forma de azoteas, de que se aprovechan para cultivar flores, para formar tendaderos, y para convertirlos en observatorios.

El mismo genero de construcción se observa en los edificios de mas latas dimensiones. No se emplea la fábrica ni en las iglesias, ni en los campanarios, ni en los balyederos, sino cuando es absolutamente indispensable; todas las partes superiores son de madera y de cañas; la madera y el estuco, pintados imitando perfectamente la piedra, concurren tambien á formar las molduras, las cornisas y otras especies de ornamentos.

La extrema ligereza de sus edificios y la ligazon intima de sus materiales, los precaven empero como mala contra las frecuentes sacudidas de los temblores de tierra; porque careciendo de resistencia que oponerles, ceden en su totalidad al movimiento oscilatorio que les imprime el suelo.

En tiempo de la guerra de la independencia, poseía Lima 22 conventos de diferentes órdenes religiosas, 17 de monjas 4 y de *beatas*, aplicándose este nombre á las religiosas que querian pasar santamente su vida en el retiro, sin pronunciar votos. Estos edificios, algunos de los cuales se hallan hoy abandonados y enteramente ruinosos, tenían todos una iglesia y algunos á mas muchas capillas, lo cual multiplicaba extraordinariamente los edificios consagrados al culto divino.

La ciudad, contenia ademas 10 hospitales afectos á alguna obra de caridad especial, y por último muchos colegios.

Las iglesias principales tienen por lo regular ante sí una plaza, cuyo nombre es el mismo que el del santo patrono de aquella. La mayor de estas plazas se halla situada en el centro de Lima, comprendiendo el arrabal de San Lázaro, y se llama *Plaza Mayor*.

En el lado oriental se eleva la catedral y el palacio del arzobispo; y al norte el palacio del presidente de la república; los otros dos lados los ocupan casas particulares, cuyo último piso, adornado de balcones, es sostenido por una serie de bóvedas. El piso bajo lo componen galerías en las que los negociantes, europeos en mayor número, exponen sus mercancías. Entre las columnas colocan floreros, y trabajan tambien los pasamaneros en oro, en plata y en seda, construyendo insignias religiosas ó militares, botones y franjas. Los indios, han estancado allí esta industria, como muy diestros que son en ella; lo cual ha contribuido no poco para que á una de las dos galerías se la dé el nombre de *Portal de Botoneros*.

Desde la *Plaza Mayor*, se entra en la catedral subiendo diez gradas de piedra. La portada y los dos campanarios son de una arquitectura muy elegante; pero los muchos colores de que se halla cubierta enteramente el edificio, perjudican al efecto general. El coro, situado en medio de la iglesia, ocupa casi toda la estension de la nave, siendo necesario penetrar en él para percibir el altar mayor espléndidamente decorado y guarnecido de láminas de plata. Las sillas y los entarimados del coro están enriquecidos con figuras de un trabajo admirable. Los adornos de la bóveda y los molduras de los frisos son de estuco y de madera. Además, existen en la iglesia rejas y balaustradas de hierro dorado de un precio considerable. Cuando se celebran fiestas solemnes, desaparecen los muros debajo de magníficas tapicerías, desplegándose en el servicio del culto divino un lujo inaudito de vasos sagrados y de bolas de brocado, que dejan lucir el oro y la plata á merced de las luces de miles de cirios.

El palacio del presidente de la república no tiene la fachada por el lado de la plaza. Su entrada principal es por la calle del *Pierro viejo*, que va á parar al puente del Rimac. El interior, nada notable ofrece respecto á la parte arquitectónica; en cuanto á su decoración es mas que mediana. Refieren que era un edificio magnifico antes de que lo destruyera el temblor de tierra de 1687; pero, posteriormente, fué construido de una manera bastante mezquina, y los actuales presidentes del Perú habitan muy poco en él para cuidarse de su mediana. El primer palacio de los virreyes, en el que fué asesinado Pizarro, estaba situado en la parte occidental de la *plaza Mayor*, en el lugar que ocupa hoy el colegio de los *Patateros*.

Al virrey, marqués de Salaviera, es á quien se le debe la graciosa fuente de bronce que adorna el centro de la plaza, y que surte á gran parte de la población. Una estatueta de la Fama es lo que constituye la parte superior de esta fuente; el surtidor se halla colocado en su extremo, y el agua cae en abundancia en dos ciletas de desigual grandor, concluyendo por llenar un ancho receptáculo, alrededor del cual se aprime la multitud de aguadores que á ella concurren.

La *plaza Mayor* ofrece por la mañana, á la hora del mercado, un golpe de vista de los mas pintorescos: vese allí confundida una multitud que renne todos los colores intermedios de la piel, desde el blanco hasta el negro. Los indios de las *chacras* (alquerías) inmediatas, cubiertos con el *puncho* (pedazo de tela que se ponen como una almohaca), concurren en gran número con legumbres y frutos de todo genero, porque el clima del país es igualmente favorable para los frutos de Europa y de los Trópicos.

Los vendedores de comestibles presentan chuletas de cerdo, morcillas, salchichas, y venden *massamora*, papilla de maíz preparada con miel; *picantes*, pasta formada con cáscaras de *capsicum*, patatas, nueces machacadas, y otros ingredientes; y por último, *chicha*, bebida favorita del país hecha con el maíz fermentado, apilado, y muchas veces maseado por muchos individuos como el *kava* de los salvajes de la Oceania. Las *fresqueras* tienen aparadores ó mesitas rodeadas de hamos de madera en los que se sientan los que van á tomar helados, sorbetes y almivares de ananas, de naranja y granada.

Las mujeres de Lima no han adoptado aun las modas europeas. Su traje es original y variado.

Las indias se atraen las miradas por los colores vivísimos de sus vestidos, por la expresión de su fisonomía, y el gracioso peinado de su cabello dividido en mil trenzas y cubierto por un sombrero de paja de color, cuya alta copa se halla adornada de cintas. Algunas indias llevan todavía lutos por el primer inca, los cuales consisten únicamente en coser en un lado del zagalejo una banda perpendicular de color oscuro.

Las limeñas, propiamente dichas, se distinguen por la elegancia de su *saya* y de su *manto*. Se atan á la cintura su toca de seda negra, con que procuran después taparse la ca-

beza, y casi la cara, dejando solo entrever de ella lo suficiente para columbrar con un *sajo* el terreno por donde han de marchar. La que si queda descubierta enteramente es la cintura, porque el pañuelo va levantado y dentro del manto por la parte posterior. La *saya* es un guardapiés de rasado á la cintura y fruncido por debajo de ella, cayendo con gracia, desviándose del cuerpo á merced de una tela interior muy engomada, y formando multitud de pliegues semejantes, que van ensanchándose desde su origen hasta su base. Los colores favoritos para la saya son el azul, el negro y el verde esmeralda.



TRAJES DE LIMA.

Las mujeres todas, cualquiera que sea su posición social, se mantienen en un retiro estrechado; generalmente usan medias de seda de color claro y zapatos de raso blanco.

Los diferentes colores de los hábitos religiosos contribuyen también al efecto pintoresco de la ciudad. Los monjes de San Francisco los llevan azules; los de Santo Domingo blancos; los amortajadores (hermanos de la Buena Muerte) usan sobre la sotana y la capa negra una cruz de color de escarlata; los frailes llevan inmensos sombreros que los protegen del sol.

Los conventos de Lima merecen particularmente fijar la atención del viajero; el de San Francisco se compone de una vasta iglesia y tres capillas dedicadas á diferentes ejercicios de piedad. La iglesia principal está ricamente adornada; los altares se hallan dorados con esmero; uno de ellos parece exclusivamente destinado á los negros; las imágenes de los santos que le decoran representan también negros.

Hay en el convento tres patios rodeados de órdenes de galerías con arcadas. La ornamentación de estas galerías es de estuco, y á cada estrecho se encuentra un altar dorado.

En el más capaz de los patios, se cultiva un jardín protegido contra los novicios por rejas colocadas entre los arcos inferiores. Un surtidor de agua, cuyo canastillo vuelve á caer en tres cubetas de desigual grandor, ocupa el centro; cayendo á los cuatro ángulos otros cuatro surtidores más

pequeños, bajo los espesos ramos de *lucuma*, de *succha* y de *chirimayas*.

Ruido alguno turba la paz de aquel eden, en donde se confunden los suaves olores de las flores de Europa con los perfumes penetrantes de las de los Trópicos; solo los suspiros del órgano y el canto grave de los monjes de la Iglesia vecina se elevan alguna vez y suben hasta el cielo, confundidos con el murmullo del agua, los trinos de los pájaros y las esencias de las flores.

El convento de Santo Domingo es el más rico, ya que no el de mejor aspecto de los de Lima. En la iglesia, á la derecha del coro, hay un altar dedicado á Santa Rosa, la única limeña que ha sido canonizada. Una bella estatuá de mármol blanco, ejecutada en Italia, si bien ignoramos el nombre de su autor, representa á la santa en el instante en que acaba de morir. Un ángel con las alas desplegadas toca apenas al suelo y levanta el sudario que cubre su rostro, inmediato al cual se descubre un ramo tronchado de rosa con una rosa blanca marchitándose. La mujer y la flor exclaman al cielo, la una su postrer suspiro, y la otra su último perfume. El relicario ocupa la parte superior del altar; está cubierto de delicadas cinceladuras, de incrustaciones y de piedras preciosas.

Los altares del convento de San Pedro se ven recargados de una profusión de columnas torcidas, de dentellones de

flores, de festones, de hojas, de espirales, de pámpanos, y de angelotes.

En el santuario de Santa Rosa, edificada en el solar de la casa en que nació *Rosa de Santa María*, se conserva, entre otras reliquias, la cruz de madera que la santa llevaba á cuestas, como Cristo en el Calvario, durante muchas horas; la cruz, herizada de puntas agudas, que colocaba sobre su seno; su sortija ó *esposa*, rizos de sus cabellos, sus dos tibias, y los dos dedos con que, según la tradición reliosa, tocaba á la imagen del divino Jesús. Los cuadros que decoran esta capilla representan pasajes de la vida de Santa Rosa; el que adorna el *retablo* es un retrato de la Santa Virgen, estando la tela herizada de la santa madre de Dios, y un collar de perlas en su garganta.

Las *alamedas* ó paseos hace muchos años que no se ven muy frecuentados. Los días que hay función de toros sí que concurren las mugeres, sin olvidar ninguna el misterioso y elegante traje limeño, á sentarse en el banco de la *alameda del teatro*, divirtiéndose en desorientar á los transitantes. Este paseo conduce al circo; cuatro filas de sauces le prestan una sombra impenetrable; está delicioso, sobre todo por la noche en las estaciones calurosas; el río que ha crecido con las nieves derritidas, mugé sobre un lecho de pedernales, y presta á cuanto le circunda una frescura regeneradora. Lima, que se estiende por la ribera opuesta, destaca en el cielo coloreado con los rayos del sol poniente las líneas sombrías y occidentales de las casas, de las cúpulas y los campanarios; y por último, se desliza por la calzada, ligeros trenes, de los que se escapan confusos acentos de mugeres vestidas con elegancia y coquetería.

Otro paseo mas bello, aunque no tan bien situado, es el que se llama la *Alameda vieja*. Solo se ve frecuentado hácia el mes de junio, época en que se dirigen las cabalgadas á los primeros cerros de la cordillera para coger la flor amarilla de las *almunacas* (especie de narciso). Este paseo, cuyas calles están plantadas de naranjos y adornadas de surtidores de bronce, conduce al convento de los Descalzos: próximamente en el centro de sus costados se ven dos monasterios de mugeres; cuando se entra en él por el arrahal de San Lázaro, se descubre á la derecha un gran cercado, cuyas murallas están enriquecidas con adornos de estuco; este cercado tiene un pórtico bastante parecido á un arco triunfal que estuviera apoyado en una serie de arcos laterales. Habíanse destinado estas construcciones á un inmenso baño que hubiera sido alimentado por la corriente de las aguas á él inmediatas, pero se interrumpió el trabajo, y el edificio no acabado aun se arruina ya y desmoróna á cada nuevo temblor de tierra.

EL AMOR DE UNA REINA.

NOVELA.

(Conchusion.)

CAPITULO III.

Cuando llegaron á saber los conjurados que la Reina, lejos de favorecer las maquinaciones de la Hermandad, había puesto en libertad al page del Obispo, y lo que es mas, otorgado al aborrecido Pontífice de Compostela un juramento de paz, de alianza y de fidelidad, pusieron el grito en el cielo, clamando furiosos por la venganza. La Reina, Don Diego, el conde de Lara, y hasta el page Ramiro, fueron envueltos en un anatema común.

Ninguno de ellos acaso merecía tanto la cólera de los conspiradores como el jóven peregrino que tan feliz mudanza habia producido en el ánimo de la Reina. A la luz de aquella pasión, destello del purísimo amor de sus primeros años, ella habia contemplado con rubor sus lamentables errores y estráños, cuya gravedad conocía por vez primera, á semejanza del que encerrado por mucho tiempo en un lugar poco ventilado, no siente el sudor, sino despues de respirar el aire libre de la campiña.

Del conocimiento de la enfermedad á la aplicacion del remedio oportuno y eficaz, no medió mas que un paso. La reina le dió con resolución y valentía, dirigiéndose á Santiago á solicitar del obispo la disolucion completa de su fatal matrimonio con Alfonso el Batallador. Llevaba tambien otro pensamiento: el de armar caballero por sus propias ma-

nos al jóven cuyas miradas habian bastado para sacarla del abismo en que irremisiblemente se fué sumergiéndose.

Era arte de tan subido precio en aquella época recibir la orden de caballería de una persona augusta, que pocas personas, por elevada que fuese su categoría alcanzaban honra tan singular. Todo le parecia poco, sin embargo, á doña Urraca para recompensar y engrandecer al monacho. Tenia que presentar ésto pruebas de haber nacido de una noble estirpe; y como su padre hubiese muerto mucho tiempo hácia, su anciana madre, para cumplir con la fórmula ritual, vióse obligada á jurar la hidalguía de Ramiro. Al poner la mano sobre la cruz para la ceremonia, temblando la pobre anciana, y pálida, y con la frente abatida rehusó prestar el juramento.

—¡Cómo! exclamó el obispo que presenciaba este acto. ¿Tienes dudas acerca de la nobleza de tu casa?

—Ninguna.

—Pues entonces ¿las tienes acerca del origen de Ramiro? ¿No es hijo tuyo por ventura?

Así era la verdad. Poco tiempo antes de la muerte del esposo habia encontrado aquella mujer un niño abandonado, y movida de compasion lo habia recogido y criado como si fuera hijo propio.

Cuando la reina supo esta noticia, volvió á pensar mas detenidamente en la estrana semejanza del page con el rico hombre de Altamira; y como la edad convenia perfectamente con la muerte de aquel, entró en sospechas de que fuese hijo de su antiguo amante. Para aclararlas llamó á doña Elvira de Trava, su eterna rival, dominando los celos que le inspiraba aquella mujer, tan dichosa en todas las desgracias de la reina. Hablóla de sus amores y casamiento secreto con el de Altamira: manifestóla sus dudas esperando que ella las confirmase ó desvaneciese.

Sucedió la primera. Elvira de Trava refirió que su matrimonio se habia mantenido oculto por no ofender á don Lope de Altamira, hermano de su marido, que locamente enamorado de ella, no hubiera podido resistir al espectáculo de aquella felicidad: que habiendo tenido un hijo lo dió á criar en una aldea, y poco despues de nacido perció en una correría que hicieron los moros talando y saqueando campos y los lugares indefensos. Elvira lo creía muerto; pero algunas veces pensaba que su desaparicion provenia de otra causa, puesto que por mas diligencias que hizo no se pudo hallar el cadáver de aquel niño.

Ya con estas noticias consiguió la reina que doce nobles jurasen la hidalguía del page, medio muy usado en aquella época, no solo para resolver ciertas dudas, sino para contrariar el hecho mas evidente y notorio. Suponíase que el juramento de doce caballeros era prueba infalible de la verdad. No renunció doña Urraca, sin embargo, á nuevas averiguaciones: llamó á don Lope, señor entonces de Altamira, y hermano menor de su antiguo amante, y por su turbacion conoció la reina que se encerraba algun misterio entre él y Ramiro. Don Lope era, en efecto, el único que podia estar interesado en la desaparicion de aquel niño, á quien, como heredero de su padre, pertenecian todas las tierras y castillos, usurpadas tal vez por el hermano menor.

Mucho adelantaba la reina en el camino de sus sospechas; el page del obispo ibase convirtiendo poco á poco en uno de los principales ricos hombres de aquel reino, en un caballero de la casa mas noble y mas ilustre de Galicia, y si pudo sin mengua dar la mano á un aventurero francés, llamado Raimundo de Borgoña; si los grandes de su corte pensaron despues en casarla con el conde don Gomez Gonzalez Salvadores; si podia enlazarse con el de Lara sin que desdijese de la magestad ¿no podia igualmente pensar en compartir su tálamo y su trono con Ramiro?

Hubo momentos en que á fuerza de acariciar esta idea creyó fácil y seguro realizarla; ya no podia temer la rivalidad de Elvira que en aquellos dulcisinios ensueños tomaba el título de madre; ya no podia temer la oposicion de la corte, que veía á Ramiro elevado de repente á la mas alta cumbre de la nobleza; ya no podia, en fin, temer que le faltase el breve para la disolucion del matrimonio con el rey de Aragon; porque el obispo de Santiago no podia negarlo tratándose de tanta honra y de tanta ventura para su page. Doña Urraca temía, sin embargo, ¿á quién? A un juez que jamás se forma ilusiones; que no se alucina por la pasión; á su conciencia.

La conciencia le decíaba que, siendo demasiado públicos sus amores con el conde de Lara, si estaba decidida á

portarse bien y á recobrar su antigua fama, debía darle su iznno, debía reparar con este acto sus pasadas flaquezas.

Mientras sostenía esta lucha dentro de su pecho, el rico hombre de Allamira, que pertenecía á la hermandad de los conjurados, preparaba otra lucha en las calles de la ciudad. Temiendo que la reina se apoderase de él de improviso, para obligarle á confesar el secreto que poco á poco iba revelándose, precipitó la venganza de los conspiradores, que la habían aplazado para el día en que el príncipe don Alfonso entrase en Santiago á recibir de mano del obispo la corona de Galicia. Eligieron la ocasión propicia de hallarse dentro de la catedral la reina, el obispo, el conde de Lara y algunos otros nobles en la ceremonia de armar caballero á Ramiro, y se dirigieron al templo, cercándole de manera que nadie pudiese escapar de allí sin caer en sus manos.

La reina y el obispo no sabían á qué atribuir el estrépito que poco á poco iba resonando y creciendo fuera de la iglesia: enviaron á saber noticias á dos escuderos que no tornaron con ellas: volvieron á enviar á otros que fueron asesinados por los rebeldes. Entonces ya pudieron llegar á sus oídos los gritos de muerte que lanzaban los de afuera.

Terminóse atropelladamente la ceremonia, y don Diego Gelmírez, creyendo poder calmar el tumulto con su presencia, dirigióse á una de las puertas del templo vestido de pontifical y con una cruz en la mano. Acaso debió su salvación á esta circunstancia; porque los rebeldes, al saber que se acercaba el obispo, prepararon sus dardos y ballestas contra él, y solo se contuvieron al verte armado con el signo de nuestra redención.

Determinaron entonces los que se hallaban en el templo subirse á la torre con ánimo de hacerse fuertes allí y tocar á rebato y llamar al pueblo á su defensa. Esto acabó de enfurecer á los de la hermandad, que temiendo verse acometidos por la población, trataron de terminar pronto la lucha.

Sin respetar el sagrado de la iglesia, penetraron en ella, dando furiosos gritos y lanzándose á la torre tras de los sitiados. Cerrada estaba la puerta; pero no tardaron en hacerla astillas á golpes y hachazos. No era este, sin embargo, el principal obstáculo que tenían que vencer: destruí estaba Ramiro, recién armado caballero, y todos instantos osaban entrar caían víctimas de aquella espada que se se acababa de confiar. Ayudábale también en la empresa algunos otros, y los conjurados desesperaban de poder conseguir su intento. Las campanas seguían llamando á los ciudadanos, y su triste son mezclábase con el estruendo de la pelea y á los gritos de venganza de los facciosos. Pero llamaban en vano.

Tenían estos aterrada la ciudad: nadie venía en su auxilio. De repente aparecióse entre ellos la noticia de que el príncipe don Alfonso se acercaba con tropas mandadas por el conde de Trava, y los conjurados se dieron prisa de acabar con los de la torre: desistieron de su propósito de entrar por la fuerza de las armas, y el rico hombre de Allamira, que mandaba el combate, dispuso pegar fuego al campanario.

Hacieron alrededor todo género de combustibles, y, aunque las paredes podían resistir algún tiempo, las llamas iban penetrando poco á poco y consumiéndose las vigas del techo, y el calor y el humo sofocaban á los de arriba. Todos creyeron que era llegado su último fin: la reina se confesó con el obispo, y dió su mano después al conde de Lara: Ramiro fué testigo de este lúgubre matrimonio.

Las espadas no servían, no servía el valor, y el rebato no causaba el efecto que aquellos desdichados se prometían. Apareció entonces una bandera blanca: los sitiados pidieron capitulación. Tan solo pudieron conseguir que doña Urraca saliera de la torre: el obispo se contentó con pedir que le mandasen un monje para confesarse: única gracia que le otorgaron. Salíó la reina por sí podía volver con gente á defender á sus compañeros de infortunio, no por salvar la vida: pero mas le valía no haber salido: el populacho comenzó á llenarla de denuestos y baldones; unos se propusieron á poner en ella sus sacrilegas manos; otros mas atrevidos la quitaron sus tocas, y sin que les moviese á compasión vela de rodillas, pidiéndoles con lágrimas que no la maltatáran; la golpearon, y lo que es mas horrible, y lo que por desgracia es un hecho confirmado por escritores contemporáneos, la desnudaron torpemente, rojándola sobre las losas del templo desmayada.

Entre tanto el obispo habia recibido al monje que le enviaron, el cual, debajo de sus hábitos, llevó oculta una capa de mendigo, y disfrazado con ella, y á favor de la confusión pudo escapar don Diego. El conde de Lara se descolgó á los tejados de la iglesia, y Ramiro y algunos otros caballeros, apenas volvieron á subir las llamas, por algun tiempo suspendidas, prefirieron salir por medio de ellas, espada en mano, y morir matando.

Los que no tomaron esta resolución allí perecieron abrasados: el fuego tomó tal violencia, que las campanas, que pesaban mil quinientas libras, llegaron á derretirse.

Entre tanto la reina volvió de su desmayo, y se halló desnudada, desnuda hasta el pecho, y llena de lodo: y muerta de miedo y de vergüenza, cubriéndose como pudo su desnudez, refugióse á una capilla, tras de cuyo altar estaba escondido el obispo.

Llegaron allí algunos conjurados, al parecer espantados de su maldad, y arrepentidos de tantos crímenes, pos-tráronse á los pies de la reina, prometiéndola llevarla á donde quisiese; pero temiendo Urraca por el obispo le respondió:

—Id, malvados, id, ímpios, id, réprobos del infierno, id á la torre en que vuestro obispo va á perecer abrasado. Sacadlo pronto de aquel peligro para que á la posteridad no quede un ejemplo de tanta maldad y de tanta infamia. No permitais que se cometa tan gran pecado: id presto.

Y cuando los vió lejos de sí, avisó á don Diego que marchase al punto de aquel sitio á refugiarse en otro mas seguro. Rompiendo tabiques, con auxilio de dos escuderos suyos, fué pasando de casa en casa, hasta llegar á la de un amigo que le sacó secretamente al campo. Llegó poco después la reina, que habia tropezado con no menos dificultades y peligros.

Algun tiempo permanecieron ocultos en las cercanías de la ciudad, hasta que llegó el príncipe don Alfonso y el conde de Trava, y reunieron tropas bastantes para emprender el sitio de la ciudad amotinada. Duró este muchos días, los rebeldes no se cuidaban de entrar á los que moraban en las murallas, y animados por don Lope de Allamira, estaban resueltos á morir todos como sus compañeros antes que rendirse. Pero del seno mismo de la ciudad salieron un día algunos guerreros dando gritos á la reina y al obispo, y llegando delante de don Lope un caballero le provocó á singular combate, llamándole traidor y desleal. Vino el de Allamira contra él, ciego de cólera, y al poco tiempo quedó á los pies del desconocido muy mal herido; y aprovechándose del terror que infundió á los conjurados la desgracia de su escudero, se apoderaron de una de las puertas de la ciudad, capitaneados por el vencedor de don Lope.

Los rebeldes viéndose ya perdidos, mandaron mensajeros al obispo para pedir perdón y misericordia.

—Reverendísimo padre, dijeron, no venimos á implorar compasión para los malvados, sino piedad para los ilusos. Toda la ciudad, excepto los traidores, te suplica que cortes el miembro podrido, para que el cuerpo pueda seguir viviendo. Perdona, padre, perdona á tus hijos, y no quieras hundir la espada en los pechos que tantas veces se han conmovido por tu misericordia. Ten compasión; sé nuestro brazo; á tí nos acogemos, pues aunque ingratos y miserables, somos hijos tuyos y te llamamos padre.

Conmovidos don Diego con estos ruegos, fué á ver á la reina y á su hijo para referirles las súplicas y arrepentimiento de los compostelanos.

—No quiera Dios, exclamó la reina, que yo perdone jamás á los traidores, á los que tan horriblemente me han ultrajado. Juramento he hecho de que toda la ciudad há de parecer, ó por fuego ó por la espada. Ellos no han perdonado la iglesia de Santiago, ni á ti, que eres su obispo, ni á mí, que soy su reina: tampoco alcanzarán perdón. Tráteseles como merece: ninguno como tí, padre, debe anhelar su exterminio; á nadie como á tí le interesa castigar tanta iniquidad.

Viendo el obispo que la reina seguía inflexible en su venganza, apeló al príncipe don Alonso y al conde de Trava, los cuales fueron á doña Urraca, y á fuerza de súplicas consiguieron de ella el perdón; pero al darlo, al ver que se le escapaba de entre las manos la venganza de sus injurias, dice la historia que se echó á llorar.

Una de las cosas que acaso sentía ella mas que su propia afrenta, era la muerte del page Ramiro, acaecida sin

duña al escaparse de la torre por en medio de los conjurados. Mientras los demás celebraban el triunfo conseguido, dándose por muy satisfechos de tener que castigar tan solo á los principales autores de la rebelión, ella fué á la ciudad con tanta tristeza como si volviese de una derrota.

Verificóse la entrada por la puerta ganada por el desconocido vencedor de don Lope, el cual salió á recibir á los príncipes calada la visera; levantóse para besar la mano de la reina, que se la tendió con indiferencia, dando un suspiro porque iba á entrar en la ciudad donde el paje había perecido sin poder vengar su muerte.

Pero el beso que el caballero imprimió en su mano era tan ardiente y apasionado, que no pudo menos de distraerla de sus imaginaciones, y volviendo los ojos se encontró con las miradas de Ramiro arrojadas á sus pies.

Para como de gozo hallaron á don Lope de Altamira espirando y pidiendo confesion. Auxilióle en aquellos terribles momentos el obispo de Santiago, perdonándole todas ofensas recibidas, y conmovido de tanta misericordia, declaró públicamente que Ramiro era hijo de su hermano mayor, y que á él de consiguiente, le correspondían todos sus estados.

El príncipe don Alfonso fué proclamado rey de Galicia, y doña Urraca, abrumada ya del peso de las coronas de Leon y de Castilla, las añadió á las sienes de su hijo.

Vivió diez años, casada, segun dicen algunos historiadores, con el conde don Pedro Gonzalez de Lara.

Un amor la había perdido: otro amor la había salvado.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL GUITASOL.

PRIMERA PARTE.

Historia de un Manguito.

No hay campo tan ameno y ancho como el de la historia: todo la comprende y abarca; desde el hombre, rey de los seres, hasta la yedra que necesita arrimo para levantarse y vivir. Esta escrita en su primera página la obra mas granda que soñar puede un entusiasta, la creacion del mundo, obra de Dios y adelantándose dia por dia, semana por semana, mes por mes, año por año ó siglo por siglo, van apareciendo la formacion y transformaciones de la sociedad, desde el matrimonio al patriarcado, desde la oligarquía al imperio. En las páginas de la historia están escritas las religiones, las costumbres, las leyes fundamentales y civiles, los grandes cataclismos del globo, la aparicion de nuevos astros, la limitacion y extralimitacion de los reinos, las expediciones gloriosas ó desgraciadas de los pueblos y las hazañas de los héroes. Invaden los griegos el Asia, y el nombre de Arbela va unido al del macedon Alejandro: Sagunto y Numancia, resistiendo hasta perecer entre las llamas, levantan pedestal de ruinas al indomable Anibal y al gran Scipion: resuena en los campos de Parsalia el nombre de César; y todos los ecos de Europa repiten el de Napoleon Bonaparte. Desde Moisés á César cantu, cuantos y cuantos historiadores. El griego Herodoto, el judío Josefo, los romanos Tácito, Plutarco y Tito Livio, el italiano Bembó, el francés Segur, el inglés Hume, el español Mariana... ¿pero á dónde ir con tan gran número de historiadores? Desde el Pentateuco, historia de la humanidad, hasta el Consulado y el Imperio, historia de un hombre, ¿cuántas historias podrían presentarse sagradas ó profanas, universales ó particulares? Las hoy del mundo, de una de sus partes, de un imperio, de una comarca, de una ciudad, de un individuo: y para que esté el cuadro mas completo va á ser instantáneamente enriquecida con la fiel *Historia del Manguito*.

¿No es cierta benévola lectoras, que la sencilla historia de un Manguito, pica vuestra curiosidad un poco mas que Ciru y Bayaceto? Estos célebres capitanes, que derramaron mucha sangre para que pasaran sus nombres de siglo en siglo, no os conocieron, ni os trataron; vos otras, que baleis entrado apenas en la primavera de la vida, tampoco pudisteis conocer á unos hombres que murieron dos mil seiscientos años hace; y por lo tanto no hay motivo para que os intereseis por ellos; pero tratándose del manguito varia la cues-

tion. Mil y mil veces vuestras manos, blancas, perfumadas, suaves, habrán buscado seguro puerto contra los rigores de la estacion en las entrañas de un manguito: y las manos que estaban frias, amoratadas, ateridas, cadavéricas puede decirse, habrán encontrado allí la vida; porque la vida es el calor, y no hay calor tan agradable como el que produce un manguito. Cuando la mano cadavérica ha subido á treinta grados sobre cero, cuando han desaparecido del todo los escalofríos que produce la frialdad de nuestros extremos, bien puede tenderse la mano á un amigo, para que no se burle del manguito, reconociendo los buenos efectos que produce; y el amigo, ó adorador, estrechará con alborozo aquella mano delicada, aunque no sea mas que porque presida suavísimo calor á la suya: no será imposible que estampe en ella sus ardientes labios, para comparar el calórico, todo ello con incomparable inocencia; y acabará por tenderle á tan benéfico manguito. ¿Pero acaban aquí las ventajas de este precioso mueble, que apenas conocen las elegantes de nuestras provincias meridionales? No por cierto. Un manguito bien manejado puede servir muy bien de telégrafo, y transmitir las comunicaciones con mas rapidez que uno eléctrico, como lo veremos al punto.

Figurémonos, y esta figuracion es muchas veces realidad, figurémonos una jóven perdidamente enamorada, y vigilada por una madre, padre ó hermano, que se opone á su pasion. Supongamos, y esto es mas raro, que las dádivas de los amantes no logran ablandar el empedernido corazon de una doncella ó de un lacayo, y que las comunicaciones se interrumpen. A estos dos amantes desgraciados solo queda un consuelo, el de verse; y si no pueden darse citas, desaparece este consuelo, la desesperacion se apodera de sus apasionadas almas, y es muy posible que concluyan por sepultar cuerpos y esperanzas en el Canal del Manzanares. Para impedir esta catastrophe sirve el manguito. Por rigurosos que sean los papás ó hermanos de nuestra bella enamorada, no la impedirán que pasee; y como á las mamás elegantés, á los papás jóvenes y á los hermanos, sean como fueren, no disgusta la concurrencia, dirigián naturalmente sus pasos y los de sus hijas hácia el convento de Atocha, paseo que ha elegido la moda para probar hasta donde llega la omnipotencia de sus veleidosos caprichos. Llegada al paseo, la hermosa jóven no dirigirá ni una sola mirada á los tronos que aventajan al suyo en riqueza, si es dama de coche, que una niña puede ser hermosa sin ser dueña de carruaje; y con el alma puesta en los ojos buscará cuidadosamente al tierno objeto de su amor. Como los celosos cuidadores de su familia no la han permitido comunicar á su adorado el plan de campaña que cree conveniente seguir, cuidará la primera tarde de llevar escrito un billete, no importa que tenga mal papel, que esté escrito con tinta blanca ó lapiz plomo; una hija de familia pocas veces tiene buenos utensilios de escribir; y cuando se cruce con su amante, aprovechando un descuido de la mamá, le dirigirá una sigui-



coliva mirada: y dejará caer el papecito, que al intento lle-

vaga oculto en lo más hondo del manguito. El enamorado galán cojerá al momento el billete; buirá de las gentes como un escamolzado; y cuando se encuentre sano y salvo en las quebradas del Retiro, á espaldas del Observatorio astronómico, leerá el papel una ó mil veces, y sin acordarse de los ástros, leerá las siguientes líneas, escritas de puño y letra de su amada:

«Amado mío: la vigilancia de mamá no me permite hablarte, ni aun escribirte cuatro letras; pero aprovechando un momento de libertad, he formado un diccionario del Manguito que hallarás adjunto y que nos facilitará muchas veces los medios de vernos un instante. Por esta ingeniosa invención podrás conocer la inmensidad de mi cariño. Tuya hasta la muerte.—Eloísa.»

Adjunto al anterior billete debe ir el importante documento que á continuación estampamos.

Diccionario del manguito.

- 1.º Cuando lleve el manguito sobre el pecho, metidas en él las dos manos, quiero decir que voy al Circo de Pombó.
- 2.º Cuando lo levante hasta la boca, que voy al Príncipe.
- 3.º Cuando lo baje demasiado, que voy á la Cruz.
- 4.º Cuando lo despegue del pecho en toda la estension de los brazos, que voy al Circo de M. Paul.
- 5.º Cuando, el manguito sobre el pecho, solo guardé en él la mano izquierda, es señal de que estoy enojada.
- 6.º Cuando guarde la mano derecha únicamente, es señal de que te quiero más que nunca.
- 7.º Cuando, el manguito junto á la boca, solo guarde la mano izquierda, indica que voy de tertulia á casa de la baronesa.
- 8.º Cuando guarde la mano derecha, quiero decir que asisto al baile de la amabilísima condesa.
- 9.º Cuando deje caer verticalmente el manguito, metida en él la mano derecha, quiero decir que podremos hablar un momento por el postigillo; y con los dedos de la otra mano te manifestaré la hora.
10. Cuando deje caer el manguito, metida en él la mano izquierda, te digo que estaré al balcon; y con la otra mano procuraré indicarte la hora.
11. Cuando alce el manguito en la mano derecha, que no como en casa al día siguiente, y si en la de mi amiga Matilde.
12. Si alzo el manguito en la mano izquierda, es señal de que traigo en él un billete.
13. Si por desgracia, alguna vez inclino el manguito hacia la espalda, será señal de que nos separan, de que me alejan de Madrid.
14. Si dejo caer al suelo el manguito, manifestaré que se han roto los vínculos de nuestro amor.

Después de leído el diccionario confesarán todos los amantes que un manguito puede quitar muchos suicidios amorosos, y ahortar á los guardas del Canal la desagradable operación de exhibir felidos cadáveres. ¿Pero, por ventura, acaba aquí la utilidad de un manguito bien manejado? No hubiera yo escrito su historia si no tuviera mas importancia. El manguito es el mejor, el mas apreciable compañero de una mujer de sociedad; no le sirve exclusivamente para guardar el buñuelo de batista, los guantes, y sacar la mano desnuda en un momento preparado, como una escena de grande efecto en un melodrama francés: no la sirve exclusivamente para preservar de las brisas de Guadarrama la tez de sus rosados dedos: no la sirve exclusivamente para el amoroso telegrama que acabamos de describir; la sirve para otras intrigas inocentes; para lances de inocencia un tanto dudosa; para casos muy apurados.

Acudamos una noche de enero á una reunion de caridad, en la cual, por un aniversario ó por otra razon cualquiera, se sirve un té, un ramillete, ó unas cuantas bandejas de dulces. Camó la reunion es de confianza, no se extraña que una señora, reconocidamente frívola, entre al salón con su manguito, que deja poco después de tomar asiento, en cualquiera silla inmediata. Esta señora está dotada de cuantas heroicas virtudes griegas y romanas poseyeron. Es una Susana ó Lucrecia en la castidad; una Saffo en sensibilidad y talento; en valor supera á Cleopatra y á la uriega Elena en hermosura. Pero como nada hay perfecto en este mundo que habíamos, entre tan bellas cualidades

tiene un defectillo, una friolera; es singularmente colosa. Empezan á servir los dulces: al pasar la primera bandeja toma una fruta y un vircocho, que come con el mismo placer que un avaro cuenta sus doblones: pasa la segunda bandeja; toma dos dulces nada mas, pero un amigo muy galante la ofrece una enorme manzana, que apenas la cabe en las manos. En pos del amigo se presenta un conocido, que le ofrece una yema, y á renglón seguido el mismo dueño de la casa le rinde su tercera ofrenda. En situacion tan angustiosa ¿qué partido tomar? La dama se encuentra con las manos llenas: tirar un dulce para recibir otro, sería una especie de sacrilegio: colocarlos sobre la falda es escandaloso; el manguito se presenta inmediatamente en auxilio de la colosa, y de cinco en cinco minutos recibe nuevas provisiones, hasta que se transforma en ambulante confitería. Armario portátil, recibe cuantos objetos quiere su dueña trasportar á casa por sí misma. Si una amiga le recomienda la lectura de una novela interesante, inmediatamente trasladada á las entrañas de su manguito el tomo primero, para no privarse un minuto de tan importante lectura. Si curioso por las tiendas, encuentra un juguete de tocador, que la encanta por su rareza, después de comprado, lo acomoda en el hondo seno del manguito. Los tarros de pomada, los de agua de la reina Victoria, los pomitos de esencia de rosa, las botitas de charol y raso, las medias de seda, los abanicos con sus cajas encuentran provisional alojamiento en las entrañas del manguito, que se transforma en pequeña arca de Noé.

Para continuar explicando la conveniencia del manguito, trasladémonos en pensamiento, á la antesala de una sociedad cotidiana, y fijemos nuestra atención en ciertos manguitos dejados allí como al acaso, pero que cumplen su misión. Sin esperar mucho, veremos que se acerca á un manguito blanco un caballero moreno; que saca con el mayor cuidado un billete, lo lee con burlona sonrisa, escribe con lápiz unas palabras en una hoja de su cartera, la dobla y coloca en el manguito del billete. Momentos después llegará un mozalbeta rubio y pondrá una cartita color de rosa en un manguito ceniciento; y si no nos falta la paciencia veremos en pocos minutos convertirse todos los manguitos en baltijas de secreta correspondencia. Es necesario confesar que este oficio tiene sus quebras, como lo atestiguan las dos anécdotas siguientes:

En una antesala de la marquesa del Buen-gusto, estaba una noche un manguito, blanco como una pól de rizos; pero no tanto como las manos de su dueña. A este manguito se acercó un jóven de veintidos años, hermosa edad de hermosísimas ilusiones, y lanzando una mirada en torno, para cerciorarse de que estaba solo, puso en el manguito un billete. Se alejó triunfante y satisfecho; pero no habian pasado diez minutos, cuando otro jóven de la misma edad se aproximó al mismo manguito, con ánimo de introducir otro billete, que llevaba oculto en la mano. Por casualidad ó precaucion sondeó los senos del manguito, y el primer objeto que encontró fué la carta de su rival. Rompió el lema, loco de celos, y enferado del contenido, juró vengarse de su amada y castigar al insensato que osaba cerrarle el camino. Para conseguir lo segundo retó á su rival; salieron al campo, se batieron á pistola y á treinta pasos, y como tuvieron los padrinos la filantrópica precaucion de suprimir las balas, acabó todo en un almuerzo, con gran contento de Laró. Para vengarse de la dama, discurrió el ingenioso merita de pedirle en matrimonio el día siguiente al desatío; y habiéndose casado con ella tiene la casi seguridad de que el manguito de su mujer nunca recibirá dos cartas.

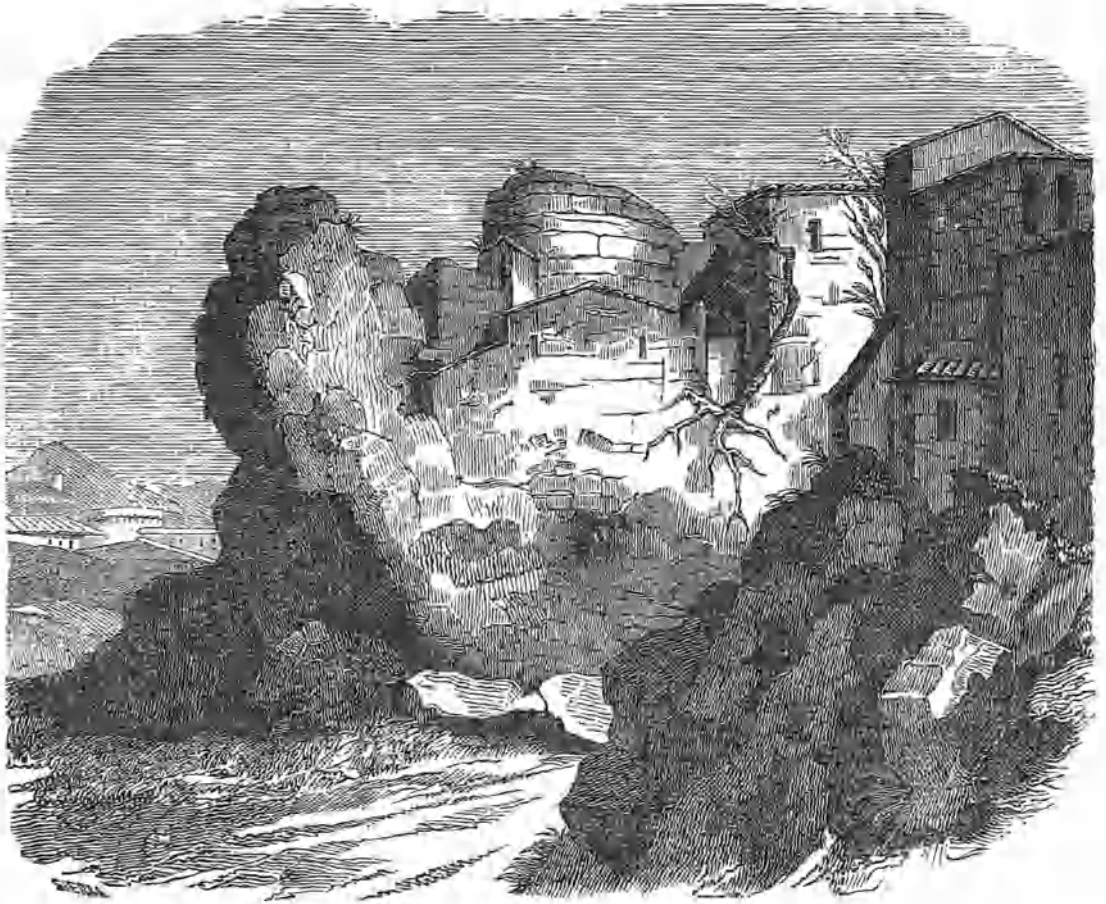
La segunda anécdota consiste en la curvacion siguiente. Un caballero muy coqueton, que tambien hay hombres coquetones como hay mujeres que apenas pasan por coquetas, tenía costumbre de seguir su correspondencia epistolar, valiéndose de los manguitos de dos damas, á quienes enamoraba al mismo tiempo. Una noche trocó los brazos, estaban juntos los manguitos, y los dos señoras se enteraron al mismo tiempo de la infidelidad de su amante y del nombre de su rival. Aquí fué Troya; se cruzaron lágrimas, suspiros, denuestos; y viéndose el pobre caballero entre dos campos enemigos, tuvo que buscar una tercera que le sirviera de auxiliar.

A la política y á la diplomacia pueden destinarse los manguitos con el mismo éxito que á las intrigas amorosas y gastronómicas. En el interior de un manguito puede ocultarse una escala de seda y una lima, y con su auxilio pe-

nerse en salvo un hombre político de gran cuenta, ó un rey de estado formidable. En el interior de un manguito pueden guardarse llaves, pistolas y puñales. Un manguito puede conducir la correspondencia política del mismo modo que la amorosa; y quién sabe cuantas y cuantas veces estará en las entrañas de un manguito la muerte de un bando político, la prosperidad de un estado. Sobre cimientos

deleznales se alzan gigantes edificios; no despreciéis hombres de familia ni hombres de estado á los manguitos, que en daño ó pro de los estados y de las familias han influido, influyen y sin duda alguna influirán.

JUAN DE ARIZA.



UN CAPRICHÓ.

La presente lámina no tiene por objeto reproducir los restos de ningún monumento célebre, ni es, como aparenta copia de algunas ruinas interesantes, bajo el punto de vista histórico ó artístico; redúcese á un juguete destinado á entretener á nuestros lectores, que fácilmente tomará por formas bien conocidas, si le miran con atención, ó aciertan á dar al papel la inclinación que necesita para que la ilusión sea completa.

CEREBRO DEL HOMBRE.

comparado con el de los demás animales.

La opinión de los antiguos naturalistas como Aristóteles y otros, era que el hombre, absoluta y relativamente hablando tiene un cerebro mayor que el de ningún otro animal. Esta opinión es un error. El elefante tiene un peso absoluto de cerebro mas considerable, y muchos pájaros, como el gorrión, muchos monos, los animales roedores, etc., tienen en proporción de su magnitud un cerebro mas voluminoso que el nuestro. Así pues, en la estructura del cerebro humano, en sus relaciones con los nervios y en la organización de estos últimos es donde debe buscarse la esplicación material de la superioridad de inteligencia que caracteriza á nuestra especie.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Se halla corriente la nueva edición del ALBUM SIGGRÁFICO, y yase está repartiendo en Madrid y se remitirá á provincias en los correos del martes y miércoles; todo suscriptor que no reciba su ejemplar oportunamente, debe reclamar al momento.

Los abonados de provincias que han comisionado persona que recoja el Album en nuestras oficinas, pueden mandar retirar los ejemplares correspondientes.

Los del extranjero que aun no han sido servidos y que no nos han indicado todavía el medio de que el regalo llegue á sus manos, le recibirán por el orden siguiente. Los de Paris en casa de Mad. Dené Smith, los de Londres en la librería de Barthes et Llobert, los de Lisboa en la redaccion de la *Revista Popular*, los de Nueva York en la de *La Crónica*; para los demás puntos del extranjero haremos las remesas por conducto de Mr. Monier.

Debemos prevenir que habiendo escedido esta vez tambien el número de suscripciones al de los ejemplares que hemos tirado, es sumamente reducido el de los sobrantes y agotados que sean, no nos será posible servir con el ALBUM los pedidos restantes, hasta que en marzo procedamos á hacer una nueva reimpression, para entregar el regalo á los suscriptores que tienen marcados plazos fijos para adquirirle.

DIRECCION, Redaccion y Oficina del SIGGRÁFICO, número 26.
MADRID. En mes de MARZO, año 30. En AÑO 300. - Librerías de Pereda, Costa, Montes, Malu, Izquierdo, Giner y Hulp, Simola, Ponsart, Vile y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 2.5, seis 2.5. - Remitiendo sus libranas sobre correo franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SIGGRÁFICO, calle de Jacometruo 6. 26, ó en los principales librerías.

MADRID: Imp. de ALONSO Y CAÑA. Calle de la Colegiata, núm. 4.